



Peirce y la literatura: el estado de la cuestión

Lucia Santaella Braga

(Universidad Católica de São Paulo)

Aunque no esté explícitamente ligado a la cuestión de la literatura, «En Busca de la Esencia del Lenguaje» (Jakobson 1970) se constituye en ensayo seminal, verdadera puerta de entrada para aquellos que se interesan por el tema «Peirce y la Literatura». Lingüista dotado de sutilísima sensibilidad para los fenómenos de poeticidad de la lengua, Jakobson fue el primero, de que tengo noticia, en percibir la importancia de los tres tipos de signos (iconos, índices, símbolos), elaborados por Peirce, para cuestionar la tesis de la arbitrariedad de los signos lingüísticos. Con elegante argumentación y abundancia de ejemplos, «En Busca de la Esencia del Lenguaje» comprueba la presencia de los aspectos icónicos e indiciales en el seno del lenguaje verbal, presumidamente simbólico, así como discute el papel fundamental y motivador desempeñado por los iconos e índices en la construcción del sentido. No es necesario insistir en la importancia de esos factores para la comprensión del lenguaje literario, más específicamente de la poesía.

Obra pionera, al enfocar directamente algunas de las relaciones posibles entre Peirce y la Literatura, es *Semiótica y Literatura*, de Décio Pignatari (1974). Ese trabajo, defendido originalmente como tesis de [204] doctorado, en 1973, es fruto, sobre todo, de una lectura inspirada en Peirce. Desde la propuesta de un cuasimétodo, metamétodo heurístico-semiótico (Valéry-Peirce), pasando por la concepción de una proto-estética extraída de la fenomenología y de las clasificaciones de signos peirceanos, hasta las «descifraciones semióticas» de algunos textos literarios seleccionados, se trata de una obra que revela una opción por la interpretación creativa de algunos de los textos de Peirce, en detrimento de la mera exégesis textual.

Digno de destacar, por la belleza y poeticidad teórica, es su tratamiento de la «cuestión del icono», que se extiende del «breve gesto a una teoría del casi-signo», tan breve como admirablemente sensible y exacto.

En el contexto de los Estados Unidos, John K. Sheriff es el autor que más se ha dedicado a la relación entre Peirce y la Literatura. En 1981, publicó un artículo titulado «Charles S. Peirce and the Semiotics of Literature», que tenía por objetivo «revelar que la teoría de los signos desarrollada por el contemporáneo americano de Saussure, Charles S. Peirce, proporciona un marco de referencias que permitiría a los semióticos ver más allá de las limitaciones del análisis saussureano del signo, esclareciendo muchas cuestiones que han sido problemáticas en la semiótica de la literatura» (:51). En 1989, Sheriff amplió las ideas expuestas en ese artículo, publicando el libro *The Fate of Meaning*, con el siguiente subtítulo *Charles Peirce, Structuralism and Literature*. En palabras del autor, las tesis desarrolladas en el libro son las siguientes:

...las cuestiones que preocuparon a teóricos de la literatura - cuestiones de la intención del autor, la autonomía del texto, el papel del lector, la naturaleza del lenguaje, la fuente y la naturaleza del significado- tienen respuestas bien diferentes, dependiendo de la definición de signo de la que partimos. Mi primera tesis es que, si usted va en busca del sentido y parte de una definición diádica, saussureana, del signo, «usted no podrá llegar allá, desde aquí» (...) Mi segunda tesis es que, si usted comienza su búsqueda del sentido con una definición peirceana del signo, «usted no se perderá en la búsqueda con tal de que prosiga en ella» (:XVIII)

Los principales argumentos en los que las tesis del autor se desarrollan están en los siguientes capítulos: «Arte: el sentido como un signo de posibilidad», «Crítica: el sentido como un signo de hecho» y «Teoría: el sentido como un signo de razón».

Los títulos de los capítulos, como se puede ver, son sugestivos. Desgraciadamente, sin embargo, prometen más de lo que cumplen, ya que, en ellos, el autor gasta mucho más tiempo y palabras en comparar algunas de las ideas de Peirce con las de otros autores, principalmente de Derrida y de Wittgenstein, por ejemplo, que en explorar adecuadamente [205] las nociones peirceanas, con toda la profundidad que el lector debía esperar.

Es, no obstante, en los textos de otro autor, el dinamarqués Jorge Dines Johansen, donde vamos a encontrar esa esperada profundidad y minucia en el trabajo sobre los escritos de Peirce aplicados al campo de la literatura. Johansen es uno de los más conocidos y respetados especialistas en Peirce, en el contexto internacional. A partir de un conocimiento seguro, afianzado por las consultas cuidadosas incluso de los manuscritos no publicados de Peirce,

Johansen ha ido creando a lo largo de los años una teoría de la literatura basada en las doctrinas peirceanas. Para ello, el autor realiza aquello que, a mi juicio, constituye el procedimiento estratégicamente más eficaz, cuando se trata de aplicar Peirce a algún campo de semiosis específica. Se hacen las conexiones y mediaciones explicatorias necesarias a la vinculación entre los fundamentos peirceanos generales y abstractos y las restricciones particulares impuestas por un tipo peculiar de funcionamiento de los signos, en este caso, el de la literatura.

Dentro del área de la interpretación de los textos en general, y del texto literario en particular, el extenso artículo de Johansen, «Prolegomena to a semiotic theory of text interpretation» (1985) se configura como uno de los ejemplos más perfectos, por un lado, por la paciente dedicación a la tarea interpretativa en tomo a Peirce; por otro lado, por la creación de las transiciones intermedias, necesarias para el paso de la generalidad de los conceptos hasta el nivel de mayor concreción de una teoría más específica, relativa a la semiosis literaria en particular.

También de Johansen, otros trabajos dignos de mención, igualmente relativos al tema «Peirce y la Literatura», son: «The Place of Semiotics in the Study of Literature» (1986), «What is a Text? Semiosis and Textuality, a Peircean Perspective» (1988) y «Hypothesis, Reconstruction, Analogy: On Hermeneutics and the Interpretation of Literature» (1989).

«The Realism of C. S. Peirce, or how Homer and Nature can be the same», de Joel Weinsheimer (1983), es otro estudio igualmente capaz de enraizar las implicaciones de una posible teoría de la literatura peirceana en el contexto filosófico-conceptual que da significado a las clasificaciones de signos. Discutiendo la semiótica como sólo uno de los aspectos de la filosofía realista de Peirce, Weinsheimer presenta el modo por el cual «los críticos pueden establecer la función referencial de la literatura, sin minimizar las relaciones intertextuales que aparentemente sugieren la negación de la referencia» (:225). El texto hace, en síntesis, una brillante defensa del realismo, como una de las consecuencias más cruciales de la teoría peirceana de los signos para nuestro entendimiento de la literatura y del arte. Según nos indica V. Colapietro (1989: 12), Weinsheimer expone [206] con claridad ejemplar que «el reconocimiento del carácter esencialmente icónico de una obra de arte no necesita pagar el precio de la negligencia de su aspecto indicial o simbólico».

TEORÍA Y PRÁCTICA

Buscando un equilibrio entre la discusión teórica y la aplicación práctica de los conceptos de Peirce, se encuentra el libro *The Reading of Time. A Semantico-Semiotic Approach*, de Julio Pinto (1989). Aunque el título del libro sugiere amplitud, su intención es más bien limitada: en el contexto de análisis de la narrativa literaria, el autor enfoca las estrategias interpretativas del lector relativas a las relaciones temporales. Si no se puede negar que el libro gana en términos de pretendido equilibrio entre teoría y práctica analítica, se debe observar, a pesar de ello, que esto se realiza a costa de una innegable fragmentación y cierto esquematismo a que es sometida la teoría peirceana. La lectura de los textos literarios, al final del libro, no obstante, presenta análisis bastante instructivos.

Una aplicación de las categorías fenomenológicas a la interpretación de un personaje literario es lo que Dinda L. Gorfée (1987) presenta en su artículo «Firstness, Secondness, Thirdness and Cha(u)nciness». En palabras de la autora, los objetivos de esta aplicación serían: «La primeridad icónica, la segundidad indexical y la terceridad simbólica, como estadios de los procesos de aprendizaje humano, nos servirán como punto de partida teórico para la evaluación del modo en el que el protagonista de la novela *Being There*, de Jerzy Kosinski, experimenta el mundo». El análisis efectuado por Gorfée es perspicaz y lleno de humor inteligente.

Además de su tesis de doctorado inédita, «Manoel Bandeira e a Poética do Elemento Lexical» (1973), Lucia Santaella Braga contribuyó al tema de Peirce y la Literatura con dos artículos. El primero de ellos, «Entre-ver la literatura, Inter-leyendo un poema» (1981), confronta, de modo brevísimo, la semiótica peirceana y la semiología europea, para terminar proponiendo la lectura semiótica de un poema. El segundo artículo (1980, con traducción al inglés en 1990), más ambicioso en sus objetivos y más complejo en sus implicaciones, crea una clasificación de nueve tipos de textos verbales-escritos, con base en las categorías fenomenológicas y en las tríadas peirceanas. Algunos de estos tipos de textos son específicamente literarios, otros son extensivos a la literatura.

También dirigido hacia una tipología, pero ésta relativa a los interpretantes, se encuentra el artículo de Mariana Net, «Types d'interpretants du texte artistique -référent, symbole, topos, motif» (1991). Aplicando [207] el proceso de semiosis a la recepción de textos artísticos, la autora trabaja con varios modelos de interpretación de textos que terminan en el análisis de funciones de los emblemas, tanto en el texto artístico cuanto en el interior de un espacio cultural más vasto.

Contribución bastante importante para la construcción de una estética informacional, con fuerte inspiración peirceana, es la obra *Pequeña Estética*, de Max Bense (1971). Estando sus cuestiones más directamente ligadas a la

estética, la mención de este libro no debería, en rigor, aparecer en este punto, y sí en la presentación que reservé, al final, para todo un grupo de textos que se refieren específicamente a la estética peirceana. Entretanto, por lo menos en la edición brasileña del libro a la que me estoy refiriendo, hay una segunda parte dedicada específicamente a la poesía, artes visuales, etc., lo que justifica la inserción de Bense en este lugar dedicado a la presentación de los textos, secuencia cuya lógica probablemente quedará clara al lector, al final de estos comentarios.

LA POÉTICA DE LA TRADUCCIÓN

Todavía con inspiración peirceana, pero dedicados a los problemas de la traducción creativa, encontramos los artículos de Haroldo de Campos. Desde 1967, con su ensayo «Da tradução como criação e como crítica», este poeta, traductor, crítico y teórico de la literatura viene desarrollando, en Brasil, a partir de su prolífera y admirable práctica de poeta-traductor, una teoría de la traducción concebida como re-creación, esto es, traducción como signo de invención, o «transcreación», tal como Haroldo de Campos la bautizó. Son innumerables los artículos que el autor publicó sobre ese asunto, a lo largo de más de veinte años. A partir de finales de los años 70, e inicios de los 80, sin embargo, el trinomio Benjamin-Valéry-Peirce se convirtió en el campo de referencia más nítido de su teoría. Destacan a este respecto los siguientes artículos: «Tradução, Fantasia, Fingimento» (1983) y «Para além do princípio da saudade» (1984).

También en el ámbito de la teoría y práctica de la traducción creativa, extendida ahora al terreno de las artes, medias y literatura en general, e intensamente fundamentada en la semiótica peirceana, se encuentra el libro *Tradução Intersemiótica*, de Julio Plaza (1987). El rasgo más original de ese trabajo está en la apropiación peculiar que el autor hace de la teoría de los signos, esto es, una apropiación diagramática. Lejos de funcionar como camisa de fuerza reductora de la ambigüedad de los fenómenos examinados, la teoría es, al contrario, utilizada como base que va orientando [208] la visión de la traducción desde su nivel macro («traducción como pensamiento en signos, como intercurso de los sentidos, como transcreación de las formas»), hasta los niveles microscópicos de los tránsitos y operaciones sígnicas que se procesan en el interior de un acto traductor.

EL TEMA DE LA METÁFORA

Presentado esto, podemos pasar ahora a la discusión de todo un grupo de obras dedicadas al tema de la metáfora basadas en las teorías de Peirce. El libro más antiguo, que inicia el tratamiento de este tema, debe ser *Language, Thought, and Culture*, de Paul Henle (1958). Sobre el tipo de enfoque que Henle dio a la metáfora, transcribo aquí los comentarios de Carl R. Hausman, en la actualidad uno de los más autorizados especialistas en el asunto. Mencionando los intentos, realizados por Henle, de desarrollar una visión de la metáfora influenciado por la distinción peirceana entre símbolo e icono, Hausman (1989: 218-19), dice:

Henle propone la idea de que las metáforas contienen elementos icónicos. No obstante, prescinde de la distinción peirceana entre la segunda y tercera especies de iconos, esto es, entre los iconos analógicos y los iconos metafóricos. Consecuentemente, Henle trata la visión de Peirce como si éste concibiese las metáforas como analogías. Aparentemente, la concepción del propio Henle, sobre cómo las metáforas pueden revelarse inteligibles, ya estaba tan fuertemente fijada que él no consiguió captar las sutilezas de la visión peirceana. Más grave que esto es el hecho de que Henle no se haya interesado por el modo cómo los iconos se refieren a los objetos (...)

Famosos, evidentemente, son los trabajos de Umberto Eco sobre la metáfora, que aparecen en *The Role of the Reader* (1979) y, más específicamente, en *Semiotics and the Philosophy of Language* (1984). No obstante, los estudios de Eco están más dirigidos hacia una semántica de la metáfora que basados en la semiótica de Peirce. De éste, sólo son perceptibles algunas resonancias esporádicas de los conceptos (incuestionablemente peirceanos) de abducción e interpretante.

Pero determinadamente basados en Peirce están los libros *Metaphor Reexamined*, de Lisolette Gumpel (1984), y el de Michael y Marianne Shapiro (1988) *Figuration in Verbal Art*. Para el reexamen y propuesta de una concepción no-aristotélica de la metáfora, L. Gumpel utiliza las tricotomías peirceanas (1. cualisigno, icono, y rema; 2. sinsigno, índice y dicente; 3. legisigno, símbolo y argumento), y con énfasis en el polo del interpretante: rema, dicente o proposición y argumento. El libro de los [209]

Shapiro, a su vez, es parte de un proyecto de mayor envergadura que viene siendo realizado por Michael, desde hace algunos años, y que apunta al desarrollo de una lingüística peirceana. Ex-discípulo de Jakobson, Michael Shapiro está llevando adelante la sugerencia del maestro de que una transformación puede suceder en el momento en que la lingüística descubra y adopte las consecuencias de la semiótica de Peirce para el estudio del lenguaje verbal. De hecho, el proyecto de Shapiro ha influido en algunos lingüistas norteamericanos que, con entusiasmo, están aliándose a la tarea.

El libro de Michael Cabot Haley (1988), *The Semiosis of Poetic Metaphor*, por ejemplo, nació directamente bajo el impacto de los efectos que el contacto con Shapiro produjo en Haley. Por tratar específicamente de la metáfora poética, su libro es de sustancial importancia dentro del tema Peirce y la Literatura. Así se expresa el autor con relación a sus objetivos:

Con la pretensión de funcionar como un paso preliminar al desarrollo de una teoría (orgánicamente holística y rigurosamente analítica) de la metáfora poética, este estudio sólo aplica la más famosa tricotomía peirceana de tipos de signos (el símbolo, el índice, el icono), así como su, rara vez, recordada, tricotomía de hipoiconos, a algunos rasgos estéticos y semánticos de la metáfora poética que son frecuentemente ignorados (: 6)

Ampliando el área a una teoría de la metáfora en general, el más ambicioso y respetable estudio perceptiblemente basado en Peirce, en especial en su epistemología sígnica, es el libro *Metaphor and Art. Interactionism and Reference in the Verbal and Nonverbal Arts*, de Carl R. Hausman (1989).

Una de las principales preocupaciones del libro nació de la convicción del autor de que «el modo cómo las palabras u otras unidades lingüísticas mayores funcionan dentro de las metáforas y, consecuentemente, dentro del contexto de las metáforas, es comparable a las funciones de los componentes de las artes visuales y de la música» (: IX). Con esa convicción en mente, el libro desarrolla «una serie de especulaciones sistemáticas y críticas sobre las funciones del lenguaje metafórico, las artes y la realidad». Para eso, el autor ofrece «un retrato de cómo las expresiones metafóricas funcionan con relación al mundo» (: 10). El aspecto más relevante del libro e indiscutiblemente más en deuda con Peirce, está, sin duda, en aquello que Hausman denomina «ontología de la metáfora», que así se expresa:

Además de examinar la estructura de la metáfora, también analizaré cómo las metáforas se relacionan con la realidad. Al considerar esta cuestión, me concentraré más en la referencia que en el sentido o significado connotativo de la metáfora. La [210] referencia, así como el sentido y el contenido, además de la forma, son necesarios para dar a las metáforas su significancia y valor. Esta parte de la discusión necesariamente se vuelve hacia la ontología. Mi propósito principal será el de esquematizar aquello que una ontología necesita ser, y sugerir cómo afecta al modo en que las metáforas y las obras de arte, a su vez, pueden ser entendidas (: 11)

De gran importancia, para aquellos que se interesan por los fundamentos peirceanos de la obra de Hausman, es el apéndice «Metaphorical Reference and Peirce's Dynamical Object», cuyo título es, por sí mismo, capaz de poner en evidencia que las fuentes de la ontología, desarrollada por el autor, fueron buscadas en la teoría peirceana del objeto del signo.

ABDUCCIÓN Y CREATIVIDAD

Otro grupo de obras de extrema relevancia para la investigación literaria son los estudios sobre creatividad. Por ahora, hablar de creatividad bajo una óptica peirceana es hablar de la forma de cuasi-raciocinio, llamada abducción, el más notable y notorio entre los innumerables descubrimientos teóricos de Peirce.

La lógica abductiva como medio para la comprensión de los procesos de creación en la literatura, especialmente en el texto poético, se configura como la espina dorsal del libro de Ángel Herrero (1988), *Semiótica y Creatividad - La Lógica Abductiva*. Además de la abducción, el autor trabaja con varios conceptos que están implicados en los procesos abductivos: las categorías fenomenológicas (primeridad, segundidad, terceridad), semiosis, icono. De esos conceptos extrae consecuencias originales sobre «el carácter semiótico del reconocimiento icónico», «la iconicidad abductora de la metáfora», etc., que se amplían hasta las consideraciones acerca de una estética peirceana. El libro es muy denso y complejo, no sólo en los tópicos que aborda, sino también en el número de autores y respectivas teorías que maneja para la elaboración de sus ideas. Como ya mencioné en un artículo en el que reseñé el libro de Herrero (Santaella Braga 1991), el autor parece tropezar un poco en los conceptos peirceanos. No por eso deja de extraer de la abducción las consecuencias posibles.

También relativo a la creatividad y, para ello, haciendo uso igualmente del concepto de abducción, encontramos el artículo de F. Scott (1983), «Process from the Peircean point of view: some applications to art». Como el título sugiere, el eje central del artículo se desarrolla en torno al concepto de proceso. Éste, no obstante, es aclarado en conjunción [211] con la abducción como factor sobresaliente en la interpretación de las obras de arte.

El libro de Douglas R. Anderson (1987), *Creativity and the Philosophy of C. S. Peirce*, también comienza con la abducción para explicar la creatividad en la ciencia y, posteriormente en el arte, pero amplía el tema a la evolución creativa en el ámbito de la metafísica peirceana. El libro es coherente y bien estructurado, pero peca por la excesiva carga valorativa que coloca sobre el agapismo (evolución por amor creativo) que, de acuerdo con Peirce, apenas representa uno de los tipos posibles de evolución. Para aquellos que estén interesados por una fundamentación filosófica más equilibrada del concepto de crecimiento creativo, cumple indicar el artículo de Sandra B. Rosenthal (1989), «Processive Emergence and the Peircean Categories».

Las obras aquí mencionadas, relativas a la cuestión de la abducción y creatividad, ciertamente no agotan, con mucho, la bibliografía existente sobre la abducción peirceana. La literatura relativa a esto es hoy voluminosa, especialmente porque el concepto de abducción está volviéndose moneda corriente entre los especialistas en inteligencias artificiales y los cognitivistas en general. La tendencia es la de que la circulación intelectual del término supere, si es que ya no se ha superado, la famosa tríada de icono, índice, símbolo. Para recoger una parcela representativa de la bibliografía sobre abducción, sería necesario un estado de la cuestión mucho más extenso que el presente. Con todo, como no trato aquí de la abducción en general, me he limitado a citar los trabajos que directa o indirectamente relacionan la abducción con la literatura y el arte.

LA ESTÉTICA PEIRCEANA

Con eso, pienso que podemos pasar ahora al último grupo de obras que fueron seleccionadas para figurar en la reseña bibliográfica relativa a Peirce y la Literatura. Aunque no esté directamente ligada a este tema, la estética peirceana constituye, a mi modo de ver, un fundamento que no puede ser ignorado por las investigaciones literarias de base peirceana. Justifico, así, una breve mención de los textos que han sido más citados. Son los siguientes: Max O. Hocutt (1962), C. M. Smith (1972), B. Kent (1976), J. Jay Zeman (1977), E. F. Kaelin (1980), Kim Smith (1983), B. Kent (1987) y Herman Parret (1990).

Todos los textos son unánimes en la constatación de la extrema originalidad y alto contenido sugestivo de las concepciones, algo dispersas, [212] pero no por eso asistemáticas, que Peirce desarrolló sobre estética. Siendo ésta la primera entre las ciencias normativas (seguida por la ética y, subsecuentemente, por la lógica o semiótica), su clave de desciframiento se encuentra en la primera categoría fenomenológica (primeridad o posibilidad, presentidad, frescor, originalidad, espontaneidad, fragilidad, calidad, sentimiento, etc.), así como en los signos correspondientes a esa categoría (cualisigno, icono, rema). Todos los textos trabajan, cada uno a su modo, con esos conceptos en un intento de comprender la «calidad de sentimiento» propia del efecto estético. El texto más completo y más diferenciado con relación a los demás es el de B. Kent (1987), una vez que la autora incluye la estética en el vasto diagrama peirceano de las ciencias, proporcionando datos inéditos para su entendimiento.

No me parece necesario decir que la lista de los textos, que fueron citados en este estado de la cuestión, no tiene la pretensión de ser exhaustiva. Hay un

elevado número de revistas de semiótica, publicadas en las más diversas lenguas, en un gran número de países del mundo. Conocer el contenido de cada una de esas revistas, para verificar si hay artículos de semiótica literaria basados en Peirce, no es tarea para un solo investigador. Las obras aquí citadas son aquellas que más han circulado y que, por eso mismo, se han hecho más conocidas. Si no son suficientes, son por lo menos representativas para quien pretenda entrar en el elenco de aquellos que se han consagrado a los estudios de Peirce y la Literatura. A éstos, que sean bienvenidos. A los que ya están incluidos en este elenco, pero aquí involuntariamente olvidados, dentro de la lógica de la certeza anticipada, presento, de antemano, mis disculpas.

Referencias bibliográficas

ANDERSON D. R. (1987): *Creativity and the Philosophy of C. S. Peirce*. Dordrecht: Martinus Nijhoff Publishers.

BENSE, M. (1971): *Pequena Estética*. São Paulo: Perspectiva.

CAMPOS, H. DE (1967). «Da tradução como criação e como crítica». En *Metalinguagem*, Petrópolis: Vozes, 21-28.

-(1983): «Tradução, Fantasia e Fingimento». *Folhetim* 348, Folha de São Paulo.

-(1985): «Para além do principio da saudade». *Folhetim* 412, Folha de São Paulo.

COLAPIETRO, V. (1989): «Book Review». *Society for the Advancement of American Philosophy. Newsletter* 54, 10-12.

ECO, U. (1979): *The Role of the Reader*. Bloomington: Indiana University Press.

-(1984): *Semiotics and the Philosophy of Language*. Bloomington: Indiana University Press. [213]

GORLÉE, D. L. (1987): «Firstness, Secondness, Thirdness and Cha(u)nciness». *Semiotica* 65-1/2, 45-55.

GUMPEL, L. (1984): *Metaphor Reexamined. A Non-Aristotelian Perspective*, Bloomington: Indiana University Press.

HALEY, M. C. (1989): *The Semiosis of Poetic Metaphor*. Bloomington: Indiana University Press.

HAUSMAN, C. R. (1989): *Metaphor and Art. Interactionism and Reference in Verbal and Nonverbal Arts*. Cambridge University Press.

HENLE, P. (1958): *Language, Thought, and Culture*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

HERRERO, A. (1988): *Semiótica y Creatividad. La Lógica Abductiva*, Madrid: Palas Atenea.

HOCUTT, M. O. (1962): «The Logical Foundations of Peirce's Aesthetics». *Journal of Aesthetics and Art Criticism* 21, 157-166.

JAKOBSON, R. (1970): «A procura da essência da linguagem». En *Linguística e Comunicação*. São Paulo: Cultrix, 98-117.

JOHANSEN, J. D. (1985): «Prolegomena to a Semiotic Theory of Text Interpretation». *Semiotica* 57-3/4, 225-288.

-(1986): «The Place of Semiotics in the Study of Literature». En *Semiotica and International Scholarship: Towards a Language or Theory*, Jonathan D. Evans y André Helbo (eds.). Dordrecht: Martinus Nijhoff, 101-126.

-(1988) «What is a Text? Semiosis and Textuality, A Peircean Perspective» *Livstegn* 5/1, 7-32.

-(1989): «Hypothesis, Reconstruction, Analogy: On Hermeneutics and the Interpretation of Literature». *Semiotica* 74-3/4, 235-252.

KAELIN, E. F. (1980): «Reflections on Peirce's Aesthetics». *The Monist* vol. 63, n.º 3, 142-155.

KENT, B. (1976): «Peirce's Esthetics: A New Look». *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 12, 263-283.

(1987): *Charles S. Peirce. Logic and the Classification of the Sciences*. Kingston and Montreal: McGill-Queen's University Press.

NET, M. (1991): «Types d'interprétants du text artistique référent, symbole, topos, motif». En *Semiotik Interdisziplinär II*, Jeff Bernard (Hg.), Wien: OGS, 35-46.

PARRET, H. (1990): «Fragmentos Peirceanos sobre a Experiencia Estética». *FACE* 3, 2, 217-228.

- PIGNATARI, D. (1974): *Semiótica e Literatura*. São Paulo: Perspectiva.
- PINTO, J. (1989): *The Reading of Time. A Semantico-Semiotic Approach*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- PLAZA, J. (1987): *Tradução Intersemiótica*. São Paulo: Perspectiva.
- ROSENTHAL, S. (1989): «Processive Emergence and the Peircean Categories». *VS* 49, 121 -128.
- SANTAELLA BRAGA, L. (1973): «Manuel Bandeira e a Poética do Elemento Lexical», tesis doctoral, PUCSP.
- (1980): «Para uma classificação da linguagem escrita», En *Produção e Liguagem e Ideologia*. São Paulo: Cortez, 143-160.
- (1981): «Entrevendo a Literatura, Interlendo um poema». *DeSignos* 6, 52-61.
- (1990): «For a classification of written language». *Acciones Textuales* 1, 55-74.
- (1991): «Instinct, Logic or the Logic of Instinct? *Semiotica* 83-1/2, 123-141.
- SHAPIRO, M. Y SHAPIRO, M. (1988): *Figuration in Verbal Art*. Princeton: Princeton University Press. [214]
- SHERIFF, J. K. (1981): «Charles S. Peirce and the Semiotics of Literature». En *Semiotic Themes*, R. T. DeGeorge (ed.). Lawrence: University of Kansas Publication.
- (1989): *The Fate of Meaning. Charles Peirce, Structuralism and Literature*. Princeton: Princeton University Press.
- SMITH, C. M: (1972): «The Aesthetics of Charles S. Peirce». *Journal of Aesthetics and Art Criticism* 31, 21-29.
- SMITH, K. (1983): «Peirce and the Prague School on the Foundational Role of the 'Aesthetic' Sign». *American Journal of Semiotics*, 2, 1-2, 175-194.
- WEINSHEIMER, J. (1983): «The Realism of Charles S. Peirce or How Homer and Nature can be the same». *American Journal of Semiotics*, 2, 1-2, 225-264.

ZEMAN, J. J. (1977): «The Esthetic Sign in Peirce's Semiotic». *Semiotica* 19-3/4, 241-258. [215]

△▽

Peirce en España: panorama bibliográfico

Wenceslao Castañares

(Universidad Complutense. Madrid)

LA OBRA DE PEIRCE

La obra de Ch. S. Peirce no es de fácil acceso ni siquiera en su lengua original. Peirce publicó poco durante su vida, aunque escribió mucho. Una parte importante de esos escritos fueron reunidos en los *Collected Papers* (CP), publicados por la Universidad de Harvard. Los primeros seis volúmenes fueron preparados por Ch. Hartshorne y P. Weiss y aparecieron entre 1931 y 1933. Posteriormente A. W. Burks publicó otros dos en 1958. Quedan sin embargo miles de páginas que no han visto la luz. Tanto este hecho, como los discutidos criterios de selección y edición elegidos por los recopiladores, han llevado a que actualmente se realice una edición cronológica con el título de *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition* preparada por Max H. Fisch, Edward C. Moore, Christian J. W. Kloesel et alii. Bloomington: Indiana University Press. Comenzó a editarse en 1982 y en 1989 se llevaban publicados cuatro volúmenes de los más de treinta programados. [216]

Hay que citar también la publicación de la correspondencia entre Peirce y Lady Welby llevada a cabo por Charles S. Hardwick, aparecida con el título de *Semiotic and Significs: The Correspondence between Charles S. Peirce and Victoria Lady Welby*. Bloomington-Londres: Indiana University Press, 1977. Aparte de todo esto se han publicado en inglés diversas recopilaciones antológicas utilizando diversos criterios.

La dificultad de acceder directamente a su obra ha podido ser una de las causas del tardío conocimiento de Peirce. Esta dificultad ha sido mayor aún en Europa: sólo desde hace un cuarto de siglo se ha podido disponer de antologías más o menos extensas en italiano, francés o alemán.

En España la situación ha sido aún peor. Las primeras traducciones en castellano se publicaron en Argentina gracias a la iniciativa de la Editorial

Aguilar (Buenos Aires), lo que facilitó sin duda su llegada a España. Así aparecieron en primer lugar dos libritos: *Deducción, inducción e hipótesis*, en 1970, y *Mi alegato en favor del pragmatismo*, en 1971. En cada uno de ellos se recogen dos artículos publicados por Peirce en la *Popular Science Monthly* entre 1877 y 1878 (vol. XII-XIII). Son especialmente importantes para conocer al Peirce de la primera época el segundo artículo de la obra citada en primer lugar, que da título al volumen, y los dos de la segunda, «La fijación de la creencia» y «Cómo hacer claras nuestras ideas». En ellos podemos ver cómo va elaborando su teoría de la inferencia abductiva -a la que aún llama 'hipótesis'- así como otras ideas básicas de lo que él entendía que debía ser el pragmatismo. Ambas obras van precedidas de sendas introducciones de Juan Martín Ruiz-Werner a las que, si bien pueden ponerse algunos reparos, tienen el mérito de hacer posible un primer conocimiento de un autor absolutamente desconocido para los hispanohablantes.

Posteriormente, ya en 1978, la misma editorial haría posible la aparición de las *Lecciones sobre el pragmatismo*. Se trata de una obra más extensa en la que se recogen las importantes conferencias dictadas por Peirce entre marzo y mayo de 1903 encargadas, al parecer, por el Lowell Institute. Van precedidas, como los *Collected Papers*, por un artículo publicado en el *Dictionary of Philosophy and Psychology* editado por J. M. Baldwin en 1902, que hace las veces de prefacio. En estas conferencias Peirce, en aquel momento un hombre muy maduro tanto desde el punto de vista biológico (iba a cumplir sesenta y cuatro años) como intelectual, expone las ideas básicas que debían perfilar un pragmatismo ya bastante diferenciado del de W. James y del resto de sus amigos de antaño. La preparación de esta edición estuvo a cargo de Dalmacio Negro Pavón, a quien se debe también una introducción que insiste en las conexiones con la filosofía de Peirce con la de otros autores. Miradas en su conjunto, las obras publicadas por Aguilar en Argentina van dirigidas a dar a conocer con cierto rigor el pragmatismo de Peirce, eligiendo para ello obras unitarias. [217]

El resto de las publicaciones realizadas hasta el momento adquieren otro perfil: se trata de antologías que suelen tener objetivos más amplios y en las que empiezan a destacar los contenidos semióticos. Este último aspecto es el que define la editada -también en Argentina- por Armando Sercovich y traducida por Beatriz Bugni. El título, *La ciencia de la semiótica* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1974) es pues inequívoco. Contiene algunos de los párrafos más conocidos y reiteradamente citados de los CP referentes a la definición y división de los signos. Se añaden también algunos fragmentos, sin duda muy importantes, de las cartas a Lady Welby. Aunque es una selección no muy extensa, su planteamiento es riguroso y la traducción bastante aceptable. Por el contrario, la identificación de los párrafos es algo deficiente y podría haberse mejorado sin dificultad.

Posteriormente se han publicado otras tres. La primera fue titulada *Obra lógico-semiótica* (Madrid: Taurus, 1987). Esta edición corrió a cargo también de A. Sercovich y la traducción la realizaron Ramón Alcalde y Mauricio Prelooker. Va precedida de una introducción del editor y un prólogo de François Peraldi. Se trata de un proyecto mucho más ambicioso que el anterior, pero que ha resultado a la postre bastante decepcionante, tanto más cuanto que era la primera vez que se abordaba en España alguna de sus características y existía la necesidad de contar con una antología lo suficientemente amplia. Se trata de una obra poco aconsejable: las deficiencias de selección, traducción y edición obligan a manejarla con precaución⁽⁵⁰⁾.

La segunda por orden de aparición, *Escritos lógicos* (Madrid, Alianza Editorial, 1988), lleva un título que si bien hace referencia al contenido, resulta ambiguo en tanto en cuanto pudiera ser entendido como una recopilación completa de ellos. No obstante, su identificación no presenta problemas en cuanto a la procedencia de las obras recogidas, aunque no se indica la numeración de los párrafos correspondientes a los CP, lo que dificulta las citas. La edición estuvo a cargo de Pilar Castrillo que es también la autora de una introducción en la que se valoran las aportaciones de nuestro autor en el campo de la lógica.

Por último tenemos la titulada *El hombre, un signo*, publicada por la Editorial Crítica (Barcelona, 1988) y preparada por José Vericat, que es también el autor de la introducción. Se trata de una obra que presenta características comunes a las dos citadas en último lugar. Tan amplia como [218] la primera presenta también una selección de temas variados; en cambio sigue el criterio de la segunda en la selección de artículos completos. Adoptando el punto de vista temático, el conjunto ha sido dividido en tres partes. Sus títulos son bastante indicativos de lo que pretende mostrar la antología: «Para una crítica de la razón sintética», «El pragmatismo como sentido común crítico» y «Las ciencias normativas». El resultado es suficientemente aceptable a pesar de la numeración que se ha hecho de los párrafos (identificables, aunque no sigan la de los CP) y algunas extravagancias en la traducción⁽⁵¹⁾.

MONOGRAFÍAS Y APLICACIONES TEÓRICAS

Aunque no muy numerosos, el lector español va teniendo a su disposición estudios sobre la obra de Peirce, a pesar de que muchas veces los autores no sean autóctonos. Como si tratara de desmentirnos, uno de los más conocidos es el de Antonio Tordera: *Hacia una semiótica práctica. El signo en Ch. S.*

Peirce, publicado en Valencia por Fernando Torres Editor en 1978. Se trata de una obra no muy extensa pero que pretende dar una visión global de la teoría de Peirce. Puede proporcionar por ello a los no iniciados una visión panorámica que no es fácil de conseguir tratándose de un autor tan complicado como es Peirce.

Si nos atenemos a las menciones que de él se hacen, no es muy conocido el libro de Pierre Thibaud, *La lógica de Charles Sanders Peirce. Del Álgebra a los Gráficos* (Madrid: Paraninfo, 1982, traducido por José Miguel Gamba). Está sin embargo dedicado a uno de los aspectos de la obra de Peirce del que él se sentía más orgulloso: el álgebra de grafos. Pero de forma más precisa cabe decir que su objetivo es el estudio sistemático de sus aportaciones en el ámbito de la lógica proposicional, de predicados y modal.

Naturaleza absolutamente distinta por su accesibilidad y amenidad, aunque en último término mantengan cierto parentesco lógico, tiene el librito de Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok, *Sherlock Holmes y Charles S. Peirce. El método de la investigación* (prefacio de Max F. Fisch), Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós, 1987. Dedicado al tema de la abducción, relaciona la teoría peirceana con el método de investigación de Sherlock Holmes, al tiempo que aprovecha algunas anécdotas de la vida de Peirce. Posteriormente ha sido publicado también en la obra [219] colectiva que citaremos a continuación, con el título «'Ya conoce usted mi método: una confrontación entre Charles S. Peirce y Sherlock Holmes».

Una vez establecidas las similitudes entre la concepción de la inferencia abductiva y los métodos de investigación atribuidos a los más famosos héroes del género detectivesco, proliferaron una serie de estudios en los que se abundaba sobre el tema.

Umberto Eco y Thomas A. Sebeok recogieron algunos de ellos en *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce* (Barcelona: Lumen, 1989). En esta obra se refieren especialmente a Peirce, además del ya citado, los siguientes artículos:

- Thomas Sebeok: «One, two, three... Uberty (A modo de introducción)».
- Marcello Truzzi: «Sherlock Holmes: Experto en psicología social aplicada».
- Massimo A. Bonfantini y Giampolo Proni: «To Guess or not to Guess».
- Gian Paolo Carettini: «Peirce, Holmes, Popper».
- Nancy Harrowitz: «El modelo policíaco: Charles S. Peirce y Edgar Allan Poe».

-Umberto Eco: «Cuernos, cascos, zapatos: Algunas hipótesis sobre tres tipos de Abducción».

Se trata de una obra de interés, al que no escapan tampoco los restantes artículos de Carlo Ginzburg, Jaakko y Merrill B. Hintikka y Wulf Rehder, aunque no se refieran expresamente a Peirce.

En el tema de la abducción está basada también la obra de Ángel Herrero, *Semiótica y creatividad. La lógica abductiva*. Madrid: Palas Atenea, 1988. La orientación sin embargo es bastante distinta pues apunta, como se indica en el título, hacia la creatividad y, en último término, a la estética y la teoría literaria. Se trata de una obra a la que cabría calificar de algo extraña y que ha recibido críticas por su libre, 'creativa'('abductiva', llega a decirse) interpretación de la teoría peirceana⁽⁵²⁾.

También tiene un fin estético la obra de Francisca Pérez Carreño, *Los placeres del parecido. Icono y representación* (Madrid: Visor, 1988) aunque [220] que con el objetivo más preciso de realizar un análisis interpretativo de la imagen pictórica. Su base teórica es fundamentalmente peirceana, aunque abierta al diálogo con autores que no siempre mantienen esta filiación.

Podríamos considerar también como monografía la primera parte («Charles Sanders Peirce: Fenomenología, pragmatismo y ciencia») del libro de Jorge Pérez de Tudela, *El pragmatismo americano. Acción racional y reconstrucción del sentido* (Madrid: Cincel, 1988). Se trata de una obra en la que se expone de forma bastante asequible las ideas fundamentales de tres autores pragmatistas: Peirce, James y Dewey. Se ofrece así un panorama que resulta útil para conocer el significado de la filosofía de Peirce en el contexto en que surgió y se desarrolló.

ARTÍCULOS DE REVISTAS

Si tenemos en cuenta el conjunto y sobre todo el número de revistas que han recogido artículos sobre Peirce, no puede decirse que el panorama haya sido muy alentador. En realidad sólo en los últimos años y salvo error u omisión, la *Revista de Occidente*, *Estudios Semióticos* (órgano de la Asociación de Estudios Semióticos de Barcelona) y, más esporádicamente, *La balsa de la Medusa* han recogido artículos sobre Peirce. Es de esperar, pues, que a partir de ahora, se hagan más frecuentes.

En 1986, *Estudios Semióticos* sacó a la luz un volumen especial (correspondiente a los números 6 y 7) con el título «En tomo a Peirce». En él

aparecen una serie de artículos de especialistas franceses de Perpignan nucleados por aquel entonces alrededor de Gérard Deledalle. Resulta desde luego bastante sintomático el que no aparezca ningún especialista español entre los colaboradores, aunque probablemente alguno pudiera haberse encontrado.

El sumario es el siguiente:

- Gérard Deledalle, «La semiótica de Peirce. Sub specie philosophiae».
- Robert Marty, «Saussure, Hjelmslev, Peirce: correspondencias conceptuales».
- Joëlle Réthoré, «Por una gramática faneroscópica».
- Anthony Jappy, «Iconismo lingüístico y metáfora». [221]
- Claude Bruzzy-Marty, «Para un enfoque semiótico en literatura comparada».
- Michel Balat, «La tríada en psicoanálisis».
- Werner Burzlaff, «Fenomenología del cuadro cinematográfico».
- Bernard Phillippe, «Para una aproximación semiótica a la economía».

Como puede apreciarse en los títulos, nos encontramos ante un amplio abanico temático que va desde los estudios propiamente expositivos, a los comparativos o de aplicación a distintos campos de las teorías peirceanas. Por último contiene también una breve bibliografía confeccionada por G. Deledalle. A pesar del título, el volumen contiene también otros artículos no estrictamente relacionados con el tema monográfico.

No mucho después, en 1986, *Estudios Semióticos* dedica su número 9 a la sociosemiótica de la comunicación. En él se incluyen dos artículos de inspiración peirceana. El primero, de Robert Marty, se titula «Semiótica de la etnometodología» (: 23-35). Su objetivo declarado consiste en abrir nuevas perspectivas a la etnometodología desde el momento en que se descubre que su objeto está constituido fundamentalmente por una relación triádica que puede recibir un tratamiento semiótico.

El segundo va firmado por J. P. Kaminker y tiene por título «Ver una ausencia; reflexión sobre un caso de lectura» (: 151-164). El autor trata de explicar, tomando como punto de partida la teoría peirceana del signo, las conductas lingüísticas que permiten interpretar correcta o incorrectamente un texto.

Los artículos de *Revista de Occidente*, de los que es responsable quien esto escribe, están dedicados a Peirce y a la edición de su obra en España. El primero de ellos, «Ch. S. Peirce: historia de una marginación», apareció en el número 71 (1987) y en él se abordan aspectos fundamentales de su obra al tiempo que se hacen alusiones a hechos relevantes de su biografía. El mismo año 1987, pero en el número 79 (: 138-144) apareció el ya citado «Filosofía pragmática y lógica de la representación-mediación», en el que, al tiempo que se recuerdan aspectos fundamentales de la teoría peirceana, se hace una crítica de la antología preparada por A. Sercovich para Taurus. Algo semejante ocurre en el también citado «...Y la palabra era el hombre» (97 [1989], 173-179), a propósito de la aparición de la antología editada por la Editorial Crítica.

Por último en *La balsa de la Medusa* han aparecido al menos los artículos de Francisca Pérez Carreño y mío ya citados (nota 1). [222]

ACTAS DE CONGRESOS

En los congresos celebrados en España tampoco han proliferado las comunicaciones sobre la obra de Peirce. En las actas del I Simposio Internacional de la Asociación Española de Semiótica (Toledo, 7 al 9 de junio de 1984), publicadas con el título de *Investigaciones semióticas I*, (Madrid: CSIC, 1986) sólo aparecen dos ponencias que tengan ese perfil. En una de ellas, la titulada «La semiótica de Ch. S. Peirce: presentación formalizada» (: 339-353) del reiteradamente citado Robert Marty, se defiende la posibilidad de representar formalmente tanto las relaciones triádicas de la semiosis como la división de los signos. La otra, de la que soy autor, fue titulada «Semiótica y filosofía: Ch. S. Peirce» (: 165-180). Su objetivo fundamental es mostrar la base filosófica de su semiótica, con referencias más explícitas a su concepción de la realidad y la verdad, así como a las categorías faneroscópicas.

Las actas del II Simposio Internacional (Oviedo, 13 al 15 de noviembre de 1986), *Investigaciones semióticas II*, Universidad de Oviedo, 1988, recogen otras dos comunicaciones que contienen importantes referencias a Peirce: Dinda L. Górlée, «La pajarera simbólica de Antonio Gala», (II: 235-249) y Wenceslao Castañares, «Lógica, semiótica y hermenéutica: el pensamiento abductivo», (I: 131-147). La primera es un análisis de los signos referidos a los pájaros en la obra de A. Gala *El cementerio de los pájaros*. En la segunda se trata de tender un puente entre la semiótica peirceana y la moderna hermenéutica a través de la lógica de la abducción.

En el III Simposio Internacional, celebrado en Madrid entre el 5 y el 7 de diciembre de 1988, las referencias son aún más escasas. En sus actas, *Investigaciones semióticas III* (2 vol., Madrid: UNED, 1990) sólo aparece un artículo que tenga inspiración peirceana, aunque ésta no sea muy estricta: Alberto Álvarez Sanagustín, «La interpretación creativa» (I: 145-153). El resto, salvo error u omisión, se reduce a dos referencias breves y no siempre de primera mano (E. Ramón Trives, II: 308 y I. Vázquez Orta, II: 470)

Estudios Semióticos recoge en su número especial 13/14 (1987) gran parte de las comunicaciones realizadas en el Forum Internacional de Semiótica que tuvo lugar en Granada, durante el mes de septiembre de 1986. En él aparece una comunicación de Robert Marty: «El álgebra de la comunicación» (: 15-25). El objetivo es construir una modelización de la comunicación sobre la base de la división peirceana de los signos. [223]

OTRAS REFERENCIAS

Otra vía del conocimiento de Peirce en España ha podido ser la lectura de autores extranjeros muy conocidos y que incluyen en sus obras referencias más o menos extensas. De ahí la conveniencia de citar, al menos, algunas de las más importantes. En la obra de C. Wright Mills, *Sociología y pragmatismo* (Buenos Aires: Siglo XX, 1968) aparecen interesantes referencias a nuestro autor.

Para los más próximos a las cuestiones semióticas, resultan sin duda familiares las obras de Umberto Eco; sobre todo el *Tratado de semiótica general* (1977), *Lector in fabula* (1981) y *Semiótica y filosofía del lenguaje* (1990), las tres publicadas en Barcelona por Lumen. Habría que advertir, sin embargo, que en algún caso -podría citarse, por ejemplo la segunda de las obras mencionadas-, la traducción de los textos de Peirce no es muy correcta y ciertas interpretaciones, discutibles.

De Karl Otto Apel, editor y difusor de la obra de Peirce en Alemania, hay que citar *La transformación de la filosofía* (2 vol., Madrid: Taurus, 1985), en la que no sólo se hacen alusiones continuas a su obra, sino que se toma como fundamento de las propuestas más originales del autor alemán.

Aunque deudor de Apel en ciertos aspectos, Jürgen Habermas incluye en *Conocimiento e interés* (Madrid: Taurus, 1982), un extenso apartado en el que se examinan algunos aspectos fundamentales de la filosofía peirceana.

Menos conocidas son las alusiones que hace Gilles Deleuze en *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine I* (1984) y *La imagen-tiempo. Estudios sobre cine II* (1987), ambos volúmenes publicados en Barcelona-Buenos Aires-México, por la Editorial Paidós. Sin embargo el conocimiento de Peirce del que hace gala Deleuze es más bien escaso y sus interpretaciones bastante discutibles⁽⁵³⁾.

Sin duda alguna pueden encontrarse otras referencias a Peirce en obras escritas en España o llegadas desde Hispanoamérica. Algunas me son conocidas pero no he considerado oportuna su mención debido, fundamentalmente, a la brevedad de las alusiones o a su escasa relevancia; otras no han llegado hasta mí sino como meras sospechas no confirmadas y, desde luego, puede haber otras que desconozca. Esta relación debiera ser, pues, completada y mejorada. [224]

Para terminar quizás convenga aludir a una cuestión que se suscita siempre cuando salen a la palestra las cuestiones peirceanas: las disputas entre sus comentaristas sobre la interpretación correcta que ha de darse a sus escritos. Peirce fue durante su vida una persona polémica, nada fácil de comprender, y su obra ha heredado esa impronta. Esto no quiere decir que fuera deliberadamente enigmático. Pero la originalidad de su pensamiento exigía la novedad terminológica y su extrema formalidad unos niveles de abstracción poco comunes. Si a eso añadimos el que Peirce supera casi siempre a su lector por la enorme amplitud de sus conocimientos y el hecho de que normalmente un pensador sufre a lo largo de su vida una inevitable evolución en su pensamiento, resulta explicable que surjan dificultades en su comprensión. Los escritos de Peirce constituyen un camino lleno de trampas para los que se internan en él sin ningún tipo de precaución. Incluso aquellos que reiteradamente se han acercado a su obra, nunca terminan de desprenderse de una desagradable sensación: la duda sobre si su interpretación es acertada y coherente. De ahí que resulte tan necesaria una lectura continuada y el diálogo con otros que también la realizan para superar las continuas dificultades. [225]

△▽

Peirce en España y España en Peirce

(54)

Jaime Nubiola

(Universidad de Navarra)

El objeto de estas páginas es dar noticia de la visita de Charles Sanders Peirce a España en 1870, de su presencia en la bibliografía española a través de traducciones y de las referencias a España que ocasionalmente aparecen en sus escritos.

1. VIAJE A ESPAÑA

La única información publicada hasta el momento del viaje de Charles S. Peirce a España se debe a Max H. Fisch, el más profundo conocedor de la biografía del lógico y científico norteamericano (1981: 13-14; 1982: 124; 1984: xxxiv), y a su discípulo Christian J. W. Kloesel, director [226] del Peirce Edition Project (1990: 4-7). Las circunstancias de aquel viaje ponen de manifiesto la multiplicidad de los intereses de Charles S. Peirce.

En 1861 -contaba entonces Peirce con veintiún años- entró a trabajar como ayudante de su padre Benjamin en el U. S. Coast and Geodetic Survey, el principal organismo científico del Gobierno americano en aquella época, mientras completaba sus estudios e iniciaba su carrera docente en Harvard. En 1869 formó parte de uno de los equipos que estudiaron en Kentucky el eclipse total de sol del 7 de agosto. La observación mediante el telescopio de la corona solar y sus protuberancias y la detección de helio con el espectroscopio llevaron a los astrónomos americanos a formular nuevas teorías sobre la composición del sol que fueron recibidas con cierto escepticismo entre los astrónomos europeos.

Como no iba a haber otra ocasión tan favorable en el siglo XIX, Benjamin Peirce, superintendente entonces de la Coast Survey, obtuvo una dotación del Congreso para organizar una expedición de observación para el siguiente eclipse que habría de tener lugar al mediodía del 22 de diciembre de 1870 sobre el Mediterráneo. Para garantizar el éxito del proyecto envió a Europa a su hijo Charles con seis meses de antelación para que organizara los preparativos. Pasó por Londres, Rotterdam, Berlín, Praga, Viena, Pest y llegó a Constantinopla, para recorrer luego de Este a Oeste la zona de totalidad del eclipse en busca de emplazamientos adecuados como observatorios. En Italia seleccionó algunos asentamientos en Sicilia y el 28 de octubre abandonaba Florencia para iniciar la que calificó como su correría española («Spanish hurry-skurry»).

Los datos que disponemos de la estancia de Peirce en España son escasos por ahora: se trata de un viaje muy rápido, pues el 15 de noviembre se

encuentra ya en Grenoble. Probablemente llega por barco al sur de Andalucía, quizá a Gibraltar. Acude a Jerez, en donde encuentra un emplazamiento que estima satisfactorio para la observación del eclipse. A continuación, viaja a Granada, en donde queda impresionado por la Alhambra, que visita acompañado de un anciano guía que habla muy bien inglés. En 1898 -casi treinta años después-, comparará las hipótesis matemáticas con la decoración de la Alhambra: son inferiores, pero se asemejan en que son «tan hermosas como sin alma». En Granada se aloja en el Hotel Siete Suelos, en donde es estafado, pues le pasan a sabiendas moneda falsa. Por este motivo, cuando escribe Peirce el 29 de noviembre al Prof. Winlock, le recomienda que se aloje en el Hotel Washington Irving. En esta ciudad ve cómo un artista francés adquiere un manuscrito bajomedieval de textos de la Escritura a un precio irrisorio (125 \$), mientras que estima podría venderse en Londres por 700 dólares.

El día 12 de noviembre de 1870 está en Madrid, según consta en el pasaporte expedido a Peirce en la legación de los Estados Unidos. Muy [227] probablemente, hace en tren la totalidad del viaje por España, pues tanto Jerez como Granada, Madrid e Irún están ya unidas por la red de ferrocarriles. El paso por Irún es una conjetura muy probable, pues cuando enumera las dieciocho lenguas diferentes que ha oído hablar a lo largo de su viaje -diecisiete de ellas en territorios donde eran el modo de hablar habitual-, es precisamente el vascuence la última que menciona. De todas maneras, Peirce no sabía español y de poco se enteraría, pues añade: «Los españoles hablan como si tuvieran piedras en la boca, lo que hace muy difícil captar la distinción de sus sonidos» (L 341).

En carta de 16 de noviembre cuenta además a su madre lo mucho que le ha gustado una estatua de un artista de la época (se trata probablemente de *La ninfa Eurídice* de Sabino Medina); describe las tres compras que ha hecho: una manta con bordados gitanos para calentarse en los viajes, un abanico de madreperla y una docena de fotografías de los mejores cuadros que ha visto en Madrid; califica nuestro país como maravilloso para obtener antigüedades raras y describe los dos hermosos manuscritos miniados que ha visto adquirir a bajo precio.

De hecho, Charles S. Peirce se unió al grupo de científicos americanos - entre los que se encontraba su esposa Zina y su padre Benjamin- que siguieron el eclipse en las cercanías de Catania (Sicilia), aunque, sin embargo, su espectroscopio fue enviado por error a Jerez, donde estaba el segundo grupo del U.S. Coast Survey. Este grupo, dirigido por el Prof. Joseph Winlock, director del Observatorio de Harvard, estaba formado por once americanos, dos ingleses y un observador español que se les unió. Contaron con la colaboración del capitán Pujazón, director del Observatorio de San Fernando (Cádiz). El emplazamiento principal se situó en un olivar, a una milla al

nordeste de Jerez. A pesar de que salió un día nublado y con alguna lluvia, las observaciones del 22 de diciembre de las dos expediciones tuvieron éxito y confirmaron las conclusiones obtenidas por los americanos a raíz del eclipse anterior. Después de aquel breve viaje exploratorio, Peirce no volvió de nuevo a nuestro país.

2. TRADUCCIONES AL ESPAÑOL

La primera traducción de Peirce al castellano es muy temprana: se trata de un artículo breve, «Irregularidades en las oscilaciones del péndulo», que publica la revista *Crónica Científica* el 25 de octubre de 1883, traduciendo las observaciones de Peirce publicadas el año precedente en *The American Journal of Science*. [228]

La segunda referencia a Peirce en la bibliografía española es el artículo de Ventura Reyes Prósper, publicado en 1892 en *El Progreso matemático* de Zaragoza, en el que este singular matemático reseña los trabajos lógico-matemáticos de Peirce -con quien había tenido correspondencia- y le ofrece, «con las excusas por los errores en que haya incurrido, un testimonio de admiración sincera que desde el otro lado de los mares le envía un extranjero» (1892: 173). Sin embargo, en el ámbito de la filosofía profesional es preciso esperar hasta 1933 para hallar la primera mención: se trata de una breve exposición de la lógica de Peirce que ofrece Juan David García Bacca en la entrada «Simbólica (Lógica)» del *Apéndice* a la *Enciclopedia Espasa*, en la que resumía la información proporcionada por el libro de C. I. Lewis *A Survey of Symbolic Logic* de 1918 (Muñoz 1980: 909-911).

La primera edición castellana de Peirce ha de esperar a las dos breves traducciones de Juan Martín Ruiz-Werner publicadas por Aguilar Argentina en Buenos Aires: *Deducción, inducción e hipótesis*: 1970, 90 págs. y *Mi alegato en favor del pragmatismo*. 1971, 91 págs., a las que sigue la de B. Bugni, *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974, 116 págs.

Un alcance mayor tiene la traducción de Dalmacio Negro de *Lectures on Pragmatism* de 1903 -bajo el título *Lecciones sobre el pragmatismo*, Buenos Aires: Aguilar, 1978, 275 págs.-, que se encuadra dentro de un proyecto -que no prosperó- de traducción de los ocho volúmenes de los *Collected Papers* de Peirce.

En los últimos años han visto la luz tres traducciones españolas que hacen más asequible una parte relevante de la vasta producción peirceana. Se trata

de la edición de Armando Sercovich *Obra lógico-semiótica*. Madrid: Taurus, 1987, 431 págs., que compila -traducidos por R. Alcalde y M. Prelooker- algunos escritos de Peirce sobre semiótica, diez cartas a Lady Welby en las que Peirce explicaba la teoría del signo, y diez secciones de los *Collected Papers* sobre estas materias; la traducción de Pilar Castrillo Criado bajo el título *Escritos lógicos*, Madrid: Alianza, 1988, 264 págs., en la que reúne once trabajos de Peirce representativos de sus aportaciones en Lógica; y la edición de José Vericat titulada *El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*. Barcelona: Crítica, 1988, 428 págs., que cuenta con una introducción y abundantes notas e información bibliográfica.

Para completar esta referencia bibliográfica peirceana, cabe mencionar la traducción de algunas páginas de «Some Amazing Games» sobre trucos de cartas con fundamento matemático, en *Investigación y Ciencia*, 24 (1978: 104-106); la traducción de José Miguel Gamba del libro de Pierre Thibaud *La logique de Charles Sanders Peirce* (Madrid: Paraninfo, 1982) y la única monografía sobre Peirce producida hasta [229] ahora en nuestro país: *Hacia una Semiótica Pragmática. El signo en Ch. S. Peirce*, de Antonio Tordera, publicada en 1978 en Valencia, bajo el sello editorial, ya desaparecido, Fernando Torres Editor.

El creciente interés en nuestro país por la obra peirceana (Castañares 1985, 1990; Pérez Carreño 1988; Pérez de Tudela 1988) se debe, más que a estas traducciones, al influjo de Umberto Eco y de Karl-Otto Apel y a la progresiva aproximación en los últimos años de la filosofía española a la filosofía académica norteamericana. Ambos factores han sido decisivos -en mi opinión- para advertir que Charles Sanders Peirce era o, mejor, *es* importante para una cabal comprensión de la cultura contemporánea.

3. REFERENCIAS ESPAÑOLAS

Alemania, Escocia, Inglaterra, Francia y, quizá en menor medida, Italia son los países europeos que más frecuentemente aparecen mencionados en los escritos de Peirce. Las referencias a España -en consonancia con el escaso papel de nuestro país en la comunidad científica y cultura europea del último cuarto del siglo XIX- son muy raras.

De conformidad con su condición profesional de lógico, la cita española más frecuente -en una veintena de lugares de los *Collected Papers* y de los cuatro volúmenes publicados hasta el momento de la *Chronological Edition*- es la de Pedro Hispano (h. 1226-1277), «la más alta autoridad en terminología lógica» (CP, 2.323n). Para Peirce se trata de «un noble portugués» a causa de

su muy probable nacimiento en Lisboa, y sus famosas *Simmulae logicales*, que quizá escribiera en Astorga y que pervivieron como manual de Lógica hasta principios del siglo XVII, son citadas por él abundantemente: «Si [Pedro Hispano] hubiera vivido más tiempo seguramente habría sido contado entre los más grandes hombres del mundo» (CP, 4.26).

En un segundo lugar Peirce menciona a Raimundo Lulio (1233-1316), «uno de los lógicos más perspicaces» (CP, 4.465), si bien descalifica como «nonsensical» su *Ars magna*, y a Juan Luis Vives (1492-1540), a quien reconoce como un notable precedente de los diagramas lógicos de Euler (CP, 4.353, 2.390). Se refiere a Séneca en dos ocasiones, a la definición de número abstracto de Isidoro de Sevilla (CP, 2.428) y a la posición del teólogo Suárez sobre la unión de alma y cuerpo (CP, 6.362).

Quizá refleja bien esta casi total ausencia de España en el horizonte cultural de Peirce el que la única mención directa de nuestro país que he [230] encontrado en sus *Collected Papers* sea la del galicismo «construir castillos en España», en un artículo de 1908, cuando explica su noción de «Musement». Se trata de la especulación libre e irreprimida en la que la mente se divierte sin propósito definido alguno, en puro juego con las ideas: «esta particular ocupación -dice Peirce- puede tomar la forma de contemplación estética, la de construir distantes castillos (sea en España o en la ejercitación moral de uno mismo)...» (CP, 6.458).

En las colaboraciones de Peirce en *The Nation* hay también algunas referencias españolas, pero de escaso interés, salvo para reflejar que España es a ojos de Peirce un país ignorante (CTN 1: 47). Sin embargo, España está bien presente en el horizonte político y comercial de la vida norteamericana de la época. Por ejemplo, el propio Peirce escribe en *The Nation*, en diciembre de 1884, dos cartas discutiendo el «tratado de reciprocidad» entre Estados Unidos y España de febrero de aquel año, que regulaba las importaciones de azúcar cubano y portorriqueño (CTN 1:65-67). Como es bien conocido, la situación acabará desembocando en la guerra entre España y los Estados Unidos. Con esa ocasión, Peirce escribe a Henry Cabot Lodge ofreciendo su colaboración en la guerra, mediante una máquina por él inventada para cifrar y descifrar mensajes, y augura en su carta que los españoles apenas ofrecerán resistencia en la guerra: «los he estudiado en España; es un pueblo corrompido por los siglos de crueldad, injusticia y rapiña a que se han dado, y les ha quedado poca hombría efectiva» (L 254).

Un dato sorprendente al lector hispano es el hecho de que en los últimos años de su vida Peirce adoptara el nombre castellano de «Santiago», en lugar de «Sanders», como homenaje a su gran amigo y benefactor William James (Weiss 1934: 400).

Seguramente se encontrarán más referencias españolas en Charles Sanders Peirce, pero de lo expuesto se deduce con claridad que Peirce y España corresponden a dos mundos bien diferentes que sólo desde muy cercanas fechas empiezan a confluir, como muestran el número monográfico sobre Peirce de *Estudios Semióticos*(6-7/1986) y en particular la reciente celebración en julio de 1991 en Segovia de un Seminario Internacional de Literatura y Semiótica bajo el título general «Ch. S. Peirce y la Literatura».

Referencias bibliográficas

CASTAÑARES, W. (1985): *El signo: problemas semióticos y filosóficos*. Madrid: Universidad Complutense, Tesis doctoral. [231]

-(1990): «Interpretant and subject: Semiotics or hermeneutics?» *Semiotica* 81, 193-202.

FISCH, M. H. (1981): «Peirce as Scientist, Mathematician, Historian, Logician and Philosopher». En *Proceedings of the C. S. Peirce Bicentennial International Congress*, K. L. Ketner et al (eds.), 13-34. Lubbock: Texas Tech Press.

-(1982): «The range of Peirce's relevance (Part II)». *The Monist* 63, 123-141.

-(1984): «The Decisive Year and Its Early Consequences». En *Writings of Charles S. Peirce, 2 (1867-1871)*, E. C. Moore et al (eds.), xxi-xxxvi.

GARCÍA BACCA, J. D. (1933): «Simbólica (Lógica)». En *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana. Apéndice*, IX, 1326-1339. Madrid: Espasa-Calpe.

KLOESEL, CH. J. W. (1990): «Scattered Remarks on Peirce in Italy». *Versus* 55-56, 3-12.

LEWIS, C. I. (1918): *A Survey of Symbolic Logic*. Berkeley: University of California Press.

MUÑOZ DELGADO, V. (1980): «Notas para la historia de la lógica durante la Segunda República Española (1931-1939)». *Religión y Cultura* 26, 893-931.

PEIRCE, CH. S. (1931-1958): *Collected Papers*, vols. 1-8, C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds.). Cambridge, Mass.: Harvard University Press

[como es habitual se cita como CP seguido del número de volumen y el del párrafo].

-(1975-1979): *Contributions to 'The Nation'* vols. 1-3, K. L. Ketner y J. E. Cook (eds.). Lubbock: Texas Tech Press. [CTN].

-(1982-1989): *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, vols. 1-4, M. H. Fisch *et al* (eds.). Bloomington: Indiana University Press.

PÉREZ CARREÑO, F. (1988): *Los placeres del parecido. Icono y representación*. Madrid: Visor.

PÉREZ DE TUDELA, J. (1988): *El pragmatismo americano: Acción racional y reconstrucción del sentido*. Madrid: Cincel.

REYES PROSPER, V. (1982): «Charles Santiago Peirce y Oscar Howard Mitchell». *El progreso matemático* 2, 170-173.

WEISS, P. (1934): «Charles Sanders Peirce». En *Dictionary of American Biography*, D. Malone (ed.), XIII, 398-403. New York: Charles Scribner's Sons.[232] [233]

△▽

Reseñas

[234] [235]

△▽

La retórica al día

Jesús G. Maestro

(Universidad de Oviedo)

J. ROMERA y A. YLLERA (eds.)

Investigaciones Semióticas III.

Retórica y Lenguajes

Actas de III Simposio Internacional de AES,

Madrid: UNED, 1990, 2 vols.

La Universidad Nacional de Educación a Distancia acaba de editar en Madrid, en dos cuidados volúmenes, las Actas del III Simposio Internacional que, en esta ciudad, la Asociación Española de Semiótica celebró durante los días 5, 6 y 7 de diciembre de 1988 sobre el tema *Retórica y Lenguajes*.

La obra recoge en su conjunto tres conferencias, leídas en sesión plenaria por los profesores Antonio García Berrio, Miguel Ángel Garrido [236] Gallardo y Jean-Marie Klinkenberg, las cuales abren el primer volumen. A tales ponencias acompaña una relación de ciento diez comunicaciones en las que, desde presupuestos metodológicos fundamentados esencialmente en una semiología, se plantean reflexiones y análisis muy variados desde lo que se ha tratado no sólo de enriquecer, sino también de sistematizar y objetivar con renovada coherencia, tanto las investigaciones (retóricas) que a lo largo de las últimas décadas se han ido constituyendo en escuelas representativas (la de Bruselas, con Ch. Perelman⁽⁵⁵⁾, la Neorretórica nacida del estructuralismo crítico (1965-1975)⁽⁵⁶⁾, y la Retórica General Textual⁽⁵⁷⁾, desde 1980 a nuestros días), como la posibilidad de interpretar semióticamente unas estructuras retóricas que, de carácter tradicional, pueden permitirnos la verificación de sus más estrechas relaciones con la lingüística⁽⁵⁸⁾ y la semiótica⁽⁵⁹⁾, así como su más eficaz aplicación a las investigaciones literarias, sociológicas, lingüísticas, comparatistas, publicitarias, epistemológicas, etc. En semiología, la pluralidad de campos de investigación es impresionante, como se nos ha recordado tantas veces, puesto que todo lo que hace el hombre *significa* y todo cuanto *significa* habrá de ser objeto de una semiología.

Las actas se cierran, finalmente, con un muy completo y actualizado repertorio bibliográfico (II: 537-571), que, preparado por José Romera Castillo, se refiere a la semiótica literaria, en sus secciones de *teoría, narrativa y poesía*, y a la semiótica teatral, que en cada addenda bibliográfica conserva un apartado propio.

Especial interés encontramos en la intervención del profesor Antonio García Berrio, titulada «Retórica general literaria o poética general», con la que se abre el primer volumen de actas, y en la que se plantea la ampliación textual del entendimiento meramente clásico de la noción de *expresividad* (I: 18), principal objeto de investigación *científica* en una retórica [237] general literaria, como proyecto actual y posible de revitalización crítica de la Retórica clásica.

Desde tales puntos de vista es posible concluir en la creencia -«posible, necesaria y útil» (I: 20)- en la posibilidad de constituir en la actualidad una Poética general literaria que, como parte de una Teoría de la Literatura⁽⁶⁰⁾, se enriquezca mediante la actualización -hoy perfectamente hacedera- de la retórica tradicional en Retórica general literaria, y cumpla por otra parte con las exigencias y condiciones que han sido pretendidas y fijadas por los análisis textuales y metodológicos a los que se enfrentan.

Miguel Ángel Garrido Gallardo, en su trabajo titulado «Homo Rhetoricus», comienza por ofrecer una visión de la retórica en términos tan elementales como ilustrativos (la retórica es una estrategia escalonada en dos partes, las cuales comprenden la captación de la atención y el deseo de conseguir una adhesión), para revelar en los últimos párrafos una conclusión francamente interesante: «hemos entrado en la era del *homo rhetoricus*, un tipo humano que carece de interés por la verdad y que se mueve tan sólo por la imagen» (I: 37). Lo que antes designábamos como *homo sapiens*, *homo oeconomicus*, etc., ha experimentado una profunda alteración cuyas causas principales obedecen a la incidencia de las nuevas tecnologías de la comunicación⁽⁶¹⁾, al hecho de que la información poseída por el hombre de hoy no pueda ser fielmente contrastada⁽⁶²⁾, y a «la difusión de un clima 'neopositivista lógico' que ha sustituido la filosofía tradicional por otra donde carece de sentido preguntarse por la verdad» (I: 37).

Hallan cabida en tales actas variados trabajos que no se ocupan exclusivamente de la semiótica literaria. Es el caso de los «Fundamentos de una retórica visual» de Jean-Marie Klinkenberg, en que se plantean posibilidades concretas de comunicación visual desde una perspectiva (reductora) que concibe a la retórica como la transformación reglada de los elementos de un enunciado, la cual obliga al lector a «sobreponer dialécticamente al grado percibido un grado concebido» (I: 43).

Sobre tema parejo han versado los trabajos de Antonio Ansón Anadón, José María Fernández Cardo y Caridad Posada Alonso, cuyas investigaciones se han referido al estudio semiótico de aquellas estructuras retóricas que es posible identificar y objetivar en las imágenes fílmicas y literarias. [238]

La posibilidad de analizar semiológicamente discursos no literarios ha quedado una vez más reflejada en estas actas de forma variada y completa, a través de los trabajos que sobre el uso de la *elocutio* en el discurso político -en tanto que publicitario- han hecho los profesores Juan Ángel Alonso Aldana, María Ángeles García Collado, María Ledesma Domínguez y José Ignacio Mardones Zorrilla, dirigidos por José María Nadal y Santos Zunzunegui, de la Universidad del País Vasco.

En la misma línea temática pueden situarse los trabajos de Teresa Espar, sobre la «Semiótica de la entrevista política» (I: 389-95), en los que analiza sintácticamente una tipología de este tipo de situaciones comunicativas en virtud de la configuración modal de cada uno de los actantes (candidato-entrevistador-público), y de Covadonga López Alonso, quien al estudiar «La argumentación en el discurso político» (II: 47-55) reflexiona ampliamente sobre este concepto de *argumentación*⁽⁶³⁾, a partir de las investigaciones que, sobre la retórica y la lógica, nos han proporcionado las escuelas anglosajona (Strawson, Austin, Grice, Searle), belga y francesa (Perelman, Apostel, Ducrot, Ascombe, Kerbrat, Meyer).

Dentro de la investigación literaria propiamente dicha, resulta frecuente el tratamiento de temas relacionados con el hispanismo, la intertextualidad, las literaturas europeas y el análisis retórico de figuras literarias como la metáfora y la ironía.

Tal es el caso de algunas de las comunicaciones que, dentro de la hispanística, se ocupan de la narrativa de Juan Benet (K. Benson, I: 197-208), y de Benito Pérez Galdós (I. Elizalde, I: 355-65), de un análisis intertextual en el *Poema del Cid* (J. L. Girón Alconchel, I: 469-76) o de un estudio retórico del personaje dramático en *Tres sombreros de copa* (F. Gómez Redondo, I: 477-86), de la novela picaresca (F. Linares Alés, II: 47-46) o de la iconografía y el lenguaje en el teatro de Francisco Nieva (V. A. Mortilla Mata, II: 193-200) y Max Aub (M. Villalba Álvarez, II: 497-502), respectivamente.

Del análisis retórico de la metáfora, a la luz de la tradición y la modernidad, se han ocupado abundantes comunicaciones. Es el caso del trabajo ya citado de José María Fernández Cardo; de Eduardo Peñuela Cañizal (II: 241-46), sobre la metáfora de la imagen en algunos grabados de Picasso en relación al tema del Minotauro y *La Minotauromaquia* (1953); de Doina Popa-Lissenau (II: 267-74), quien ha estudiado desde los tres niveles de la semiótica las consecuencias comunicativas (retóricas) de la inserción de palabras extranjeras en diferentes discursos de una lengua dada; y de Begoña Vicente Cruz (II: 477-85) e Isabel Visedo (II: 503-14), quienes se ocupan respectivamente de la metáfora en su relación [239] con la producción y la conexión comunicativas, y de la inserción de fábulas mitológicas en el poema *El Adonis*, de José Antonio Porcel.

El discurso publicitario es otro de los temas que con frecuencia es estudiado semiológicamente⁽⁶⁴⁾ en los diferentes seminarios y reuniones congresuales que sobre esta disciplina científica se convocan.

Es éste el caso de Tomás Camarero Arribas, cuya comunicación, sobre la retórica publicitaria y la manipulación ideológica, se ejemplifica con el análisis de anuncios o mensajes publicitarios sobre perfumes femeninos

(I: 233-39). En la misma línea de investigación, sobre la retórica publicitaria, cabe situar las intervenciones de Diego Carrasco Equino (I: 261-75), Carmen Muñiz Cachón (II: 215-22) e Ignacio Vázquez Orta (II: 465-76).

De especial interés nos ha parecido el tratamiento que en este III Simposio Internacional de la Asociación Española de Semiótica se ha profesado a la pragmática de la literatura. Hemos preferido relegar al final nuestro comentario sobre esta problemática precisamente porque, desde una visión de conjunto, nos ha parecido la aportación acaso más fundamental, pues no en vano el número de publicaciones e investigaciones sobre pragmática literaria se ha incrementado durante estos años notoriamente, de modo que los estudios semióticos de los últimos tiempos -y de ahora mismo- demuestran un interés creciente por el estudio de la literatura desde el punto de vista de su estatuto comunicativo.

He ahí los trabajos de Francisco Abad (I: 61-69), que ofrece un dilatado comentario a la compilación que en 1986 hizo sobre el tema José Antonio Mayoral⁽⁶⁵⁾; Tomás Albaladejo (I: 89-96), quien objetiva y describe con precisión inmejorable las operaciones retóricas de *inventio*, *dispositio/elocutio* y *actio* como estructuras semióticas propias de la semántica, la sintaxis y la pragmática respectivamente; Alberto Álvarez Sanagustín (I: 145-53), en que se retoma la noción peirceana de *interpretante* para plantear problemas epistemológicos que tratan de resolverse en el terreno de la investigación pragmática; y otras aportaciones que en la misma línea retórica han sido presentadas por los profesores José Domínguez Caparrós (I: 333-43), María Victoria Escandell Vidal (I: 367-75), María Paz Marsá (II: 125-32) y Hernán Urrutia (II: 447-53).

Mención especial nos merece una serie de trabajos que recogen, a nuestro juicio, las aportaciones más puntuales de lo que estimamos habrán de ser en un futuro inmediato las dos facetas más apetecibles y estudiadas de la pragmática. [240]

Tales son, desde nuestro punto de vista, el estudio de la pragmática inmanente, es decir, de aquellas situaciones comunicativas textualizadas en un discurso literario dado, sometido a su vez a la habitual relación dialógica *Autor/Lector* reales, y, de otro lado, el estudio de la pragmática literaria, tanto inmanente como trascendente, en el discurso lírico. Creemos que ambas vertientes de la pragmática literaria han sido abordadas en las comunicaciones de José Antonio Pérez Bowie (II: 247-56) y Fernando Cabo Aseguinolaza (I: 215-24), así como por la profesora Alicia Yllera, quien en su exposición teórica ha limitado sus ilustraciones a los prólogos de algunas de las obras clásicas del Siglo de Oro español (II: 523-33).

Las poéticas textuales, en que han desembocado la teoría generativa y buena parte de la tradición formalista eslava (especialmente la escuela de Tartu, cuyos representantes integraron en un *corpus* teórico coherente las investigaciones sociológicas sobre la ideología con las contribuciones procedentes de la semiótica), y cuya aportación acaso más decisiva haya sido la de *competencia literaria*⁽⁶⁶⁾ como específica capacidad que posibilita tanto la producción de estructuras *poéticas*(expresión) como la comprensión de sus efectos (*recepción*), han canalizado sus principales ideas hacia una pragmática de la comunicación literaria⁽⁶⁷⁾, cuestionando así el estudio del lenguaje literario como una verbalidad específicamente textual (*estructuralismo*) al margen del uso o función que puede adquirir en una interacción social.

La pragmática de la literatura, en tanto que parte de la semiótica textual literaria encargada de definir la *comunicación literaria* como un tipo específico de comunicación entre un emisor y un receptor, es heredera de la pragmática lingüística⁽⁶⁸⁾, que estudia las relaciones mantenidas por el emisor, receptor, contexto y signo en la comunicación.

Por su parte, durante los años setenta, T. A. van Dijk y su escuela interpretaron esta parte de la semiología como una teoría de los contextos, a la vez que, por los mismos años, J. L. Austin, J. R. Searle y R. Ohmann hacían lo propio tratando de dilucidar si la literatura era o no una acción lingüística especial, poseedora de rasgos ilocutivos específicos, tendencia esta última muy debatida durante largo tiempo⁽⁶⁹⁾. [241]

Desde nuestro punto de vista, tal y como hemos apuntado anteriormente, estimamos que tales corrientes metodológicas, representativas de las ideas rectoras que han conducido las investigaciones de la pragmática literaria durante los últimos años, no han prestado atención suficiente a dos aspectos que presumimos cardinales en el futuro inmediato de los estudios literarios en relación con su estatuto comunicativo.

Tales son, de un lado, la necesidad de esclarecer los problemas que plantea la descripción analítica de la *pragmática inmanente de la comunicación* en los textos literarios, es decir, aquella o aquellas situaciones comunicativas textualizadas en un discurso literario dado, realizadas en la inmanencia misma de la obra, y con un grado de amplitud y abstracción que, al condicionar singularmente la posición de los interlocutores, es necesario estudiar y objetivar bajo las exigencias particulares de cada inmanencia discursiva.

Si desde 1961 se contaba ya con la noción de *autor implícito* introducida por W. C. Booth, sólo bastantes años después se ha llegado a diseñar, con seguridad bastante relativa -y pensados casi exclusivamente para novela- unos esquemas referentes a la comunicación inmanente de los textos literarios⁽⁷⁰⁾ que, desde congresos como éste de diciembre de 1988 y otros

posteriores, han inducido a acusadas controversias, no sólo debidas a la pluralidad y expansión de las actuales teorías literarias, sino algo que nos parece de más accesible solución, cual es la necesidad de replantearse, desde una perspectiva más actual y madura, los problemas relativos a una pragmática inmanente de la comunicación literaria, y que continúan siendo los problemas ligados a una expansión del esquema general de la comunicación *autor-obra-lector*.

De otro lado, nos resulta imposible prescindir del discurso lírico a la hora de describir y explicar los rasgos característicos de la pragmática -inmanente y trascendente- de la comunicación literaria. La configuración de un código específico -*lenguaje del poema*⁽⁷¹⁾-, y la asignación al discurso lírico de un estatuto no menos particular, que, subyacente en la inmanencia textual, no sólo puede instituir un enunciador de extraordinarias capacidades locutivas, sino que además prefigura las principales reacciones de un receptor o enunciatario intradiscursivo cuyas virtualidades no son menos sorprendentes que las de su interlocutor, nos exige la explicación de aquellos rasgos de carácter pragmático que aíslan al discurso lírico como modalidad específica del lenguaje. [242]

Las contribuciones de Y. I. Levin⁽⁷²⁾ en 1976 podrían citarse como pioneras en este terreno, que, amén de autores como Ch. Schwarze⁽⁷³⁾ y otros citados en la bibliografía de la comunicación de A. A. Pérez Bowie (II: 247-56), presenta todavía escasos seguidores. Al fin y al cabo, tal como dejó escrito J. Culler en 1975, «los estructuralistas han trabajado relativamente poco con la poesía (...), no ha habido intento alguno de presentar una descripción sistemática de las operaciones de lectura ni de las presuntas convenciones de la lírica»⁽⁷⁴⁾.

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

